

ministración, en la prensa, en la política...), sin olvidar la toma de contacto (concreta o sencillamente mental) con los otros países con ocasión de la gran guerra, de donde resulta una afirmación de las potencialidades de España.

*Del sentimiento trágico de la vida* es el primer gran ensayo característico de esta nueva modalidad de resolver el problema español: plantearlo como una crisis de las relaciones entre los hombres como tales. El punto de enfoque del ensayo es el problema del individuo frente a la sociedad, planteado en términos de intimidad. La solución propuesta al problema de la angustia por Unamuno es la quintaesencia del contacto humano: es la *antropofagia* (del hombre por el hombre, caridad; de los pueblos por los pueblos, guerra). Para Unamuno, el período que empieza va a ser el de una multiplicación de las relaciones humanas: recordemos su campaña agraria 1911-1916 (5) por Salamanca, su actuación aliadófila, su intento electoral de 1920, etcétera. Entonces se completa su visión de Castilla, la cual pasa a ser el signo del aislamiento, de la fuerza estática que retiene a España en la neutralidad (estéril) apartándola de la participación en la guerra (junto a unos y frente a otros):

Si, solá en medio de los campos tierra adentro, ancha es Castilla, y si está triste es porque siente, aun sin darse clara cuenta de ello, de su soledad, de su terrible soledad. Es la única que no puede ver los mares lejanos y hay que hablarle de ellos.

Y esa soledad de Castilla, en medio de los campos, tierra adentro, lejos de los mares, ha producido una cierta concepción robinsoniana que persiste en el fondo del alma de los pueblos de las mesetas centrales. Creen bastarse, creen poder vivir aislados. Fue dogma aquí mucho tiempo y ha seguido siéndolo, y lo es hoy para muchos, para los más, para casi todos los que callan, que España debe mantenerse aislada, que no debe comprometerse en tratos y contratos internacionales. Para muchos eso que llaman la neutralidad no es más que el sentimiento de tierra adentro, paramérico, de un huracán aislamiento. Es la soledad espiritual...

Esta posición de tierra firme, de tierra enjuta, de tierra que no puede ver los mares lejanos, es lo que ha influido para la trágica inconsciencia internacional del centro de la Península. Y acaso esta inconsciencia internacional, ese no verse bien frente a los demás pueblos y junto a ellos, es lo que hace tan turbia y a la vez tan quisquillosa la conciencia nacional. Porque así como un hombre no se ve bien a sí mismo, sino frente a los otros y junto a los otros, así un pueblo no tiene conciencia de su destino, de su misión histórica, sino viéndose frente a los otros pueblos y junto a ellos... (6).

---

(5) Cf. JOSÉ TUDELA: «Unamuno agrario», en *Rev. Hisp. Mod.*, 1-4, 1965, página 425.

(6) *De esto y de aquello*, tomo III, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1950, pp. 540 y 542.

Las *Meditaciones del Quijote* (1914), de Ortega, son a la vez el tratado no superado hasta ahora y un ejemplo del ensayo de este período. Cogen como perspectiva un objeto de la vida real, El Escorial, punto ideal, ya que es al tiempo paisaje (naturaleza) y objeto humano (historia), y a partir de esta encrucijada, examina Ortega el problema de la cultura española; asimismo el libro del Quijote, para Ortega, es otro punto ideal desde el cual se puede formular la pregunta que interroga por España, ideal precisamente en cuanto su profundidad radica en su «retención dentro de las puras impresiones y su apartamiento de toda fórmula general e ideológica» (7). En este momento, 1913-14, Ortega capta con una perspicacia que supera en esto a la de Spengler una relación real entre el problema de la cultura y la del destino histórico. Expresa en las *Meditaciones* una aspiración a superar el punto de vista de la historia real (que puede aparecer como un destino) y a encontrar en el proceso de la cultura (producción de los hombres ante la historia) orientaciones que le permitan realizar un posible histórico. La repulsa de Spengler a la cultura como decadencia no es más que un reconocerla esa función peculiar suya, negar con su existir que la Historia tiene la razón última, afirmar con su impotencia (utopía) la posibilidad de una actuación voluntaria de los hombres sobre el mundo que los rodea.

A partir de esa fecha de 1914 y, aproximadamente, hasta el año 1920, es cuando aparecen una serie de ensayos famosos que giran en torno a tres temas principales: el paisaje urbano, la crítica política de la sociedad española y la comparación de España con otros países. Cualquiera de estos tres temas pone en primer plano las relaciones entre los hombres: en la conciencia de los ensayistas de este momento, sea cual fuere su procedencia generacional (98 o post.), adquieren más peso la problemática política y cívica (el *civis* en la *polis*).

Dentro del paisaje urbano, el café llega a ser el punto electivo, capaz de expresar un mundo nuevo. La tertulia del «Pombo» (1915) de Ramón Gómez de la Serna es mucho más que las conocidas peñas literarias, o los tradicionales corrillos políticos que se perpetúan en los cafés madrileños desde la antigüedad más remota. Pombo es un poco lo que la residencia de estudiantes, es decir, un hogar para la mafia de una élite cultural del momento, con la diferencia frente a la residencia de que van a Pombo gente que poco o nada tiene que ver con la ILE. Ramón Gómez de la Serna ha captado más rápidamente que otros y ha expresado con una fuerza creativa relevante el hecho de que las élites intelectuales «liberales» estrechaban sus lazos y procu-

---

(7) *Meditaciones del Quijote*, O. C., tomo I, p. 360.

raban por varios conductos (prensa, enseñanza, política, administración) integrarse en el aparato organizativo del Estado, pasando paulatinamente de élites meditativas a élites organizativas.

La propia ciudad de Madrid inspira por esas fechas un cierto número de ensayos. J. Gutiérrez Solana: *Madrid, escenas y costumbres* (1913-18); *Madrid, guía sentimental*, de Azorín (1915); *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid*, de Luis Bello (1919); el *Madrid*, de Manuel Azaña (1920-22), y la serie de Ramón Gómez de la Serna *El Rastro* (1915), *El paseo del Prado* (1920), *Toda la historia de la Puerta del Sol y otras muchas cosas* (1921; literariamente son estos últimos los más interesantes, acaso porque su autor esté más sensibilizado, ya que nacido y educado allí, y rodeado de literatos de otras generaciones, como su padre, su tío, a la transformación del Madrid de la Regencia. El afán de arraigarse en un terruño, en una patria chica (Unamuno, en Salamanca; Azorín, en Monóvar...), se traduce en Ramón por una mayor sensibilidad hacia Madrid, «Pombo» o su propia buhardilla.

Sin llegar a ser estos ensayos unas obras estéticamente excelsas, no dejan de tener interés en la medida en que demuestran que la capital ha pasado a ser un *tema* en que el ensayista puede invertir suficientes ideas y sentimientos como para hacerla objeto de su meditación.

Entre el sinnúmero de ensayos inspirados por el deseo de comprender y de criticar la política y la sociedad españolas de estos años, descuellan (anteriores a la crisis del 17) *Vieja y nueva política*, de Ortega (1914); *Disciplina y rebeldía* (1915), de Federico de Onís; *La crisis del humanismo* (1916), de Maeztu (8). Posteriores a ésa, e inspirados en ella, *Política y toros* (1918), de Pérez de Ayala; *España en el crisol* (1919), de Luis Araquistáin, etc. Lo que alborea en todos estos escritos es una mayor audacia al enfocar el problema de España: el abanico de los criterios críticos es más amplio; se echa mano de la psicología, de la historia, de la filosofía, de la ciencia política, del derecho y de algunos conceptos sociológicos. Estéticamente, *Política y toros*, de Pérez de Ayala, tiene más impacto gracias al hecho de basarse el ensayo sobre una homología entre la corrida y la vida pública española, lo cual permite, a propósito de escenas reales del ruedo, entroncar con un desarrollo de algunas tesis sobre las lacras que aquejan al ruedo ibérico; por desgracia, el pensamiento de Pérez de Ayala abarca poco, aunque aprieta mucho en lo que abarca; es digno de recordar el último ensayo de la serie, llamado «el público», organizado en torno a

---

(8) Publicada primero en inglés en esta fecha y luego en 1919 en español, Editorial Minerva, Barcelona.

dos escenas concretas: la una, en un teatro de variedades; la otra, en el ruedo a propósito del círculo rojo que se utilizó desde 1917 en el redondel para zanjar un problema técnico entre picadores y ganaderos. La meta demostrativa del autor es sencillamente hacer comprender al lector cuán bestia es el público español, lo cual no es mucho; ahora, los medios empleados para llegar a tal demostración son admirables. Lo cual hace que este ensayo de Pérez de Ayala peque de desequilibrio, no siendo las relaciones descubiertas ni bastante complejas ni lo suficiente nuevas para responder al aparato literario; se obtiene así una escena de costumbres con alcance moralizador y satírico.

La obra *España en el crisol*, de Araquistáin, es (como la de Maeztu) un ejemplo de otro desequilibrio contrario: existe en ella una verdadera riqueza de ideas sobre la evolución de la sociedad española desde la Restauración, una reflexión sobre la psicopatología del alma española (que supera las manidas reflexiones acostumbradas). Esta parte se llama precisamente «Un ensayo de patología del alma española», y la tesis general es que, a más de reformas económicas, pedagógicas, etcétera, hay que pensar en una reforma del carácter y de las costumbres (tema caro a Ortega). La parte más personal de Araquistáin en este punto me parece ser el párrafo IV, el V y el IX, dedicados, respectivamente, al «Carácter de la familia española», «El ideal supremo: hacer carrera» y a la «Aversión al trabajo y las grandes ambiciones»; allí aparece una filípica contra la mujer española y contra el ambiente agarbanzador del hogar español, que dan un sonido verídico, a la par que amarguísimo. El análisis social se carga con un peso sentimental que le permite ahondar en las relaciones y retener la atención. Transcribo unas líneas dolidas que critican la familia española:

Todos los españoles hemos conocido esa coactiva influencia. Si hemos querido perder de vista el campanario de nuestra aldea y lanzarnos a rodar por el mundo, la familia nos ha atrancado la puerta y nos ha pintado los riesgos del tren y del buque, de las malas compañías y de los países remotos, lejos de todo pariente en posibles días de apuros y lejos, sobre todo, de los buenos cuidados maternos si nos llegaba a doler la cabeza o se nos caía un botón del traje. Si hemos querido rebelarnos contra la honrada profesión del comercio o la brillante carrera militar o abogacil que la familia nos había asignado, sin consultar nuestros gustos e inclinaciones, y nos hemos dedicado a la buena de Dios, anárquicamente, a hacer política sin provecho práctico, o a escribir artículos que no son de necesario consumo, o libros que nunca son tan fructíferos como los de la contabilidad de cualquier negocio, o a pintar, o a cualquier otra actividad de problemático rendimiento económico y de inestable condición, la familia ha empezado por temer un desequilibrio de nuestra mente, luego nos